

Rubén Azócar

## El sacristán de la parroquia<sup>(1)</sup>



QUEL hombre desde lo alto, apegado al parapeto, escudriña a veces el camino. El camino orilla un bosque de arrayanes y surge en apretadas vueltas desde el fondo de la hondonada. El hombre recorre con los ojos el breve espacio que separa la playa del bosque. La playa se confunde con el color de los arrayanes floridos y nada, sino el ir y venir de las olas, la señala en el fondo. La luz de la luna arde entre las hierbas, se filtra entre los ramajes; pronto ha de subir blanca y redonda por el cielo. El hombre contempla el cielo inmenso salpicado de luminarias; la Cruz del Sur toca las aguas con el reflejo de sus brazos; las olas cabrillean empujando la luna hacia la costa; más allá de las sombras que se recuestan sobre el otro borde del canal, surgen las espumas, aureolando los acantilados de Lemuy, entre cuyas piedras se muere el pesado rumor de la resaca.

(1) Publicamos un capítulo de la hermosa novela «Gente en la isla», original de Rubén Azócar, premiada en el Concurso patrocinado hace poco por la «Editorial Zig-Zag» y la Sociedad de Escritores.

El hombre voltea la mirada hacia los campos. El vuelo de un ave, el crujido de una rama, el lejano ladrido de los perros le apartan de su pensamiento. Entonces afirma el cuerpo al parapeto y permanece como olvidado de sí mismo. El eco de un galope que llega a sus orejas musical y distinto, le saca de su actitud pensativa; el eco se prolonga a través del bosque, resuena más allá de los potreros, y en el silencio de la noche parece llenar de ruidos la comarca; pronto sí, deja de percibirse.

Aquel hombre abandona su sitio y va hasta el grueso tronco del hualle en donde le espera su caballito; el pequeño animal vuelve los ojos hacia su amo y parece interrogarle con el agudo signo de sus orejas tendidas a su rostro.

—Nada todavía, murmura el hombre, y le acaricia las ancas.

Bien seguro está de que Liborio Bórquez no ha subido aún por el camino. El hombre ha venido aquí con la primera obscuridad de la noche. La luna apenas si asomaba su diente detrás de las islas del este, cuando él salió del pueblo; ha hecho la marcha, silencioso, cortando las huellas, siempre con el oído atento; su caballo como él. Este galope que ha sonado ahora va en dirección a Teupa; pero Liborio Bórquez vive en Tara, arriba de Cudehué.

Cerca de su bestia siente gran tranquilidad; él le está golpeando suavemente las ancas para echarla a la sombra, bajo las ramas; el animal sacude el espinazo y

suenan los estribos y los fierros del bocado. El hombre se estremece y vuelve la cara con rápido movimiento.

—¡Chist!... ¡Chist!... ¡Vamos!...

Lo ha atado por la rienda a un gancho y vuelve al parapeto.

Ahí al borde del barranco, en donde justamente acaba el potrero de Martín Díaz, ahí debes esperar, le ha dicho el señor párroco; no podrás errar, Mengo; luego que ahí existe un hualle colgado; bien puedes aguardarle en el hueco del tronco.

Sería por no conocer bien los senderos, sería por el deseo de llegar pronto, o por esquivar el paso de algún vecino—el señor párroco le ha advertido: andarás una media legua por el camino de Notuco, luego cortas por los cierros, y sobre todo, que no te tropieces con cristiano alguno—el hombre ha perdido una hora entera abriendo tranqueros, deshaciendo la marcha con sigilosos pasos. El tronco del hualle, si no lo sabes, marca la boca del camino que sube a Cudehué, le ha dicho también el señor párroco.

Mengo no ha visto aún a Liborio Bórquez en el pueblo. El párroco sí le vió. Esta tarde llegaron a Chonchi los viajeros que venían de la Patagonia; en el puerto todo el mundo los esperaba; entre ellos ha venido Liborio; ha andado por allá poco tiempo; hace apenas un año partió en la comparsa de los esquiladores y ya está de vuelta; es extraño que haya regresado tan pronto.

Los viajeros, que como Liborio viven en el campo, se han metido en la taberna.

—Ahí está bebiendo el muy bellaco... Has de saber, Mengo, le ha dicho el señor párroco, cuando le llamó esta tarde, que Liborio se ha ganado bonitamente la paliza que le propinarás; en nombre del señor párroco habrás de advertirle.

Y él, Mengo, el sacristán de la parroquia, es un ser obediente.

Ha olvidado traer su poncho; culpa ha sido del señor cura; le ha dicho: saldrás de inmediato, luego, luego; ensillas en la pesebrera; de ahí apenas caiga la noche, ¡largo!; y cuida de no ser visto. Esto se lo ha repetido dos o tres veces. Le has de dar duro, le has de dar duro, esto sí; ya creerás que es suficiente castigo... Cuanto me mortifica hacer esto... y ha agregado, suspirando: lo has de saber para ti solo, y guárdate de abrir la boca, Mengo; el bellaco de Liborio Bórquez se merece que le novilles... ¿Qué? El causó la desgracia de Carmen, él abusó de la pobre.

Mengo, el sacristán de la parroquia, no lo sabía. ¡Caray! Su pensamiento se mueve ahora perezosamente a aquel día en que Carmen estuvo gritando con voces que partían el alma; había venido don Remigio Cárdenas y Carmen había bebido de sus aguas, y seguía peor; esto comentaban los peones en la cocina. Ahora aquí en la soledad de este cruce de caminos, bajo la noche, Mengo, el sacristán de la parroquia, ha comprendido lo que nunca sospechara. ¡Qué bobo ha sido

el pobre Mengo! La criatura de Carmen, el hijo de Liborio Bórquez, está en Ditif, en casa de los Albarrán... Ha sido él, Mengo mismo, he sido yo quien le ha llevado una noche como ésta. Que le críen ahí como hemos convenido... Y sobre todo, Mengo, nada de habladurías, le dijo don Braulio, y él había observado cómo gruesas lágrimas corrían por las arrugas de su rostro.

Estos pensamientos le enternecen. Dale duro, dale duro al bellaco de Liborio; así has de hacerlo. Pero el señor cura ha agregado algo más: golpea duro, duro, repetía y no dejes de propinarle una patada donde se lo merece. Esto es. Que sepa el grandísimo bribón: por donde pecas, pagas. Este será su verdadero escarmiento.

Como el aire viene frío, echa de menos su poncho y tiembla; Mengo no tiritita solamente por eso; si fuma, ve tiritar su mano en la sombra; si está sentado, tiritan sus piernas; si permanece de pie, tiembla entero; le castañetean los dientes. Sólo cuando se acerca a su caballo está en paz. El pequeño animal es un buen compañero; él no ha dejado de volver la cabeza hacia el sitio que ocupa Mengo, como si le estuviese observando su estado de ánimo. La actitud cordial de la bestia le traspasa su paz y por ello tal vez, Mengo, el sacristán de la parroquia, gusta permanecer a su lado, apegado a él. Le acaricia, le abraza el cuello; se conmueve, en una palabra, y va hasta el potrero en busca de un manojo de hierbas. El caballo, calmadamente,

va triturándolas entre los dientes que crujen con un ruido de pisadas en la arena.

Al acercarse al parapeto que defiende el camino del barranco, al mirar hacia abajo, allá al fondo en donde se revuelven las olas en los acantilados se proyectan bajo la luna como monstruosas siluetas, al percibir los ruidos más lejanos, al recordar que él está ahí, el alma de Mengo se agita en un mar de miedo. Entonces vuelve al sitio en que ha ocultado su bestia, afirma los brazos en la montura, esconde la cara entre los brazos.

De pronto regresa al parapeto; de ahí va al hueco del tronco, se mete en él; quema un cigarrillo; y vuelta a sus trajines: del hueco al parapeto, del parapeto al caballo. O también coge el rebenque de revés; por la manilla podría resbalársele; esto le ha sucedido otras veces, y luego que el golpe con la manilla, en la cual relumbra el metal de la argolla, es más contundente. El caballo le observa entre la sombra.

La luna va ya en lo alto, grande, poderosa, misteriosa como una divinidad. Su luz borra las señales de las cercas, establece cuadros de sombra en torno a las casas que se alzan allí y allá, en los claros de los bosques; inunda los campos, ilumina el polvo del camino. El mar, abajo, profundo, mece su luz de magia en los brazos del viento.

El hombre vuelve a su sitio en la cima del barranco. El cigarrillo mueve su lumbre de luciérnaga entre la mano y la boca. Desde ahí puede contemplar los potreros, las faldas de las montañas, las primeras casas

de Chonchi. Los ruidos nocturnos pasan y se ahogan en el aire.

Mengo, el sacristán de la parroquia, se empina sobre el parapeto; apaga el cigarrillo entre sus dedos; detiene el aliento. Una luz ha cruzado el claro del bosque de arrayanes; luego ha aparecido entre los troncos y avanza hacia él, trepando lentamente; ahora está sobre la cerca del potrero. Mengo se enjuga la frente con la mano; sus ojos se pegan al avance de la luminaria; la luz se oculta y desaparece, vacila, flamea como un mechero, o permanece extática, o se encarama sobre una nueva cerca. Mengo no puede asegurar nada, no alcanza a confirmarse en su idea, ¿Qué ha de ser aquello? Pero la luz existe ahí a poca distancia, siempre ascendiendo la cuesta en dirección al hualle, sube en zigzags, lentamente; se detiene, avanza, flamea, vuelve a permanecer inmóvil; se posa sobre el pasto, sube hasta la altura de un hombre; alcanza sigilosa la orilla del cauce.

¡Cosas de brujos, si son!, habla Mengo para sí, y le echa una rápida mirada a su caballito. El ha visto otras noches un espectáculo igual. Precipitadamente ha recordado a su madre, a su hermana, su casa allá en el campo, él mismo fué quien divisó el primero aquella luz que se movía a través de las ramas y que andaba hacia él tal como ahora; entonces corrió a avisar a su madre; su madre hizo luego una cruz con las tijeras y fué, seguida por ellos a colocarlas en el umbral de la cocina; recogieron arena en el fogón y estu-

vieron haciendo montoncitos por las cuatro esquinas del cuarto.

Si son brujos, las tijeras están en cruz en el dintel, díjole su madre; y si es el trauco, por la Rosa ha de venir —la Rosa era su hermana—. El trauco va entretenerse la noche entera contando los granitos de arena... ¡Guay de él!, si lo pilla la luz del alba... y todos los tres se fueron aquella noche a la cama, temblando de miedo.

Mengo trajina su pecho bajo la cotona; ahí está calientito y suave el crucifijo que pende por un cordoncillo de su cuello. Mengo siente un miedo de todos los diablos. Mejor será irse, ha pensado. El caballo se mueve inquieto y, como él, dobla el cuello hacia el potrero; Mengo cauteloso va a acurrucarse detrás de su caballo. ¿Qué sería de él si Liborio Bórquez pasara en este instante?

Por un breve momento cierra los ojos. Al abrirlos surge del barranco una figura horrible; la luz de la luna agranda su silueta, arrojándola monstruosamente mutilada sobre el camino. Del pecho de aquel extraño ser pende el farol que despide su luz rojiza; sobre los hombros, arrollada a su cuello, una pequeña oveja descansa con la cabeza apegada al brazo del brujo. Mengo ha tenido la sensación de ser, mitad hombre, mitad bestia, y de una luminaria que flota en el aire a la altura de su caballo.

El brujo se ha detenido un momento; a Mengo le parece que aun no ha notado la presencia de su animal;

la luz ilumina el semblante del brujo al echar a andar al otro borde del camino. El sacristán le ha reconocido de un golpe: el mestizo Hueldeo.

¡Cata y!, se ha dicho, mientras se alza; ¿con qué era verdad lo que se dice del mestizo? ¡Un brujo! Y se roba las ovejas y flecha... ¡Ya tendrá ocasión de divulgarlo! Un contentamiento de niño le aligera el ánimo. ¡Ah! Se lo ha de decir al señor párroco.

Mengo le ve desaparecer en la cuesta, siempre bajando; la luz de su farol se balancea al compás de sus trancos. Otros como Mengo estarán atisbando esa luz, y santiguándose. ¡Chus! ¡Chus! Así engaña el muy bribón. ¡Chus! ¡Chus!... Repite las voces con que las gentes espantan a los brujos; ¡chus! ¡chus!, vocea ya en tono más alto y hace la cruz con el pulgar y el índice alargando el brazo en dirección del brujo. Observa en seguida su marcha. A su propia vivienda no ha de ir; le distingue aún en el bajo, antes de atravesar el pequeño puente del Buqueldeo.

Atento a él, no ha percibido el tranco de un caballo que asciende a veinte pasos de su escondite. Al advertirlo, Mengo no sabe que hacer; ni siquiera ha desprendido las riendas; apenas ha pensado en afirmar en su puño el rebenque por la lengüeta.

Es Liborio Bórquez quien viene sobre la montura; el caballo marcha con insegura rienda, zigzagueando. Liborio viene borracho, con el cuerpo inclinado sobre el cuello de su cabalgadura.

Mengo ha dado un salto hacia el camino; el animal

se detiene de súbito, luego quiere huir, y Liborio Bórquez cae sobre el polvo. Bajo la luz de la luna, su cuerpo se destaca con claro relieve. El sombrero ha rodado un trecho. Liborio se incorpora sobre sus posaderas. Mengo está junto a él, encorvando su grueso tórax para mirarle el rostro. Liborio ha hecho un movimiento como si fuera a afirmarse sobre una montura imaginaria. Mengo se inclina aún más, hasta tomarle el aliento; huele a aguardiente; y abiertos los ojos cargados de borrachera; en una mano lleva, del gollete, una botella de uva.

— ¡Hola, amigo!, refunfuña, afirmando la mano libre en el suelo; ¿no ha de ayudarme a subir al caballo? ¡Ja!... ¡Ja!... Me ha botado el muy pícaro... ¡Está bueno!

Mengo busca con los ojos alumbrados el rostro de Liborio. Es él; ¿por qué entonces no golpearle allí mismo?

Liborio meneaba la botella en lo alto de su brazo.

— ¡Ja!... ¡Ja!... Maldita bestia; se ha asustado... ¡Ja!... ¡Ja!...

Intenta incorporarse del todo y cuando parece haberlo logrado, ¡zas!, al suelo de nuevo.

¿Y para estar así mirándole ha venido Mengo; para esto ha estado casi media noche temblando de miedo, al frío, metido en el hueco del tronco? Aquí está el hombre a quien debe propinarle una paliza; está borracho, indefenso, solo.

El borracho se lo ha quedado mirando a su vez;

luego se ha cogido de una de sus piernas y ya está de pie, agarrado a sus hombros, en un abrazo torpe, y sacude la cabeza como si solamente ahora hubiese vuelto de su estupor. Y no se le ha ocurrido nada mejor que alargarle la botella de uva.

—Bébase un trago, amigo... Y se ríe enseñando los dientes y la lengua que brilla húmeda.

Se tambalea y retrocede hasta afirmar su cuerpo en el parapeto. Su caballo permanece inmóvil en medio del camino. Mengo le sigue y le mira una vez más el rostro; ¿qué duda cabe?, ese hombre es Liborio Bórquez; es solamente un mozo, pero más bien parece un hombre, un hombrón fuerte de anchas espaldas.

—Tú eres Mengo, el sacristán de la parroquia, balbucea, abriendo los ojos desmesuradamente; un gesto de repugnancia y de recelo cruza su cara, parece comprender que le espera un desastre, que está indefenso.

Mengo, cauteloso, se acerca por su diestra y, al notar como Liborio enarbola en lo alto la botella y afirma una pierna al parapeto, ha decidido acabar de una vez, y se precipita sobre él con el rebenque levantado. El golpe de la argolla sobre el cráneo ha sonado seco y redondo como un disparo de trabuco, las espaldas de Liborio Bórquez se han agachado sobre sus caderas, luego el cuerpo se va entero de bruces.

Mengo ha perdido la cabeza y le golpea en las costillas con las puntas de sus botas; Bórquez no se mueve. Mengo se aparta un breve trecho y aguarda;

su hombre se retuerce ahora en el suelo, abre y cierra, encoge y estira las piernas como un sapo monstruoso.

Y no olvides propinarle una patada donde se lo merece...; esto lo ha olvidado Mengo. Se precipita sobre el hombre y le da de patadas ahí mismo: donde se lo merece.

—Y que te sirva de escarmiento,— grita en tono de triunfo, inclinándose hasta sus orejas.

Un estremecimiento que corre por sus venas, por sus músculos, que sube por sus piernas, a través de su vientre hasta el pecho, le acomete a Mengo de súbito; luego siente que la vida se le está escapando, que la noche es muy negra y además no puede pensar con fijeza. Liborio Bórquez está muerto y él lo ha matado.

Mengo no puede pensar, en verdad; deshecho, perdido en un espacio vacío, sólo la desesperación viene a acompañarle frente al cadáver. ¡Lo ha muerto! Su cara está bañada en sangre; sus cabellos brillan sanguinolentos bajo la luz de la luna que está arriba del hualle, misteriosa, suspendida del cielo. Liborio Bórquez ni respira ni se mueve ya.

El quiere tocarlo, pero le falta el coraje; se agacha un tanto; un débil jadeo ronca dentro del pecho de aquel hombre. No está muerto, entonces.

Mengo le tiene ya entre los brazos, sobre le borde del parapeto.

¡Jesús! ¡Dios mío! Liborio Bórquez boquea con el boqueo de los agonizantes, un hipo tumbal le viene

gorgoreando por el cuello, se desprende de sus labios agudizados en el ansia de un respiro y sube hasta meterse dentro de las orejas de Mengo. ¡Jesús! ¡Dios mío!

El cuerpo de Liborio Bórpuez va rodando cuesta abajo, y no ha de detenerse ya hasta los enrocados de la playa, allí donde las olas cabrillean bajo la luna.

—¡No estaba muerto! ¡No estaba muerto! repite.—  
¡Jesús! ¡Dios mío! Lo juro: ¡no estaba muerto! ¡Se ha resbalado de mis brazos!

Y temblando aún de espanto, se arrima a su caballito, apoya los brazos en la silla y solloza convulsivamente.

El caballo de Bórquez permanece allí en la orilla del camino, mordisqueando las hojas tiernas de las quilas. Bajo sus patas está el ancho tirador de cuero que se ha desprendido del hombre al caer; más allá su sombrero como un ave negra mueve las alas en la claridad del camino.

Mengo ha levantado la cabeza y ha visto todo esto. El quisiera coger el tirador, aquel sombrero, pero sabe que es mejor no hacerlo; mira sus manos, sus manos están pegajosas, obscurecidas por manchas de sangre; su rebenque cuelga de su muñeca; así van sus ojos del tirador al sombrero, del sombrero al rebenque, del rebenque a sus manos, y los mira con secreto horror como si ellos hubiesen cobrado animación y se movieran contra él. Pronto su rebenque ha volado por el aire y ha ido silbando, lejos, al fondo del barranco.

El tirador parece agrandarse y tomar ya una figura de hombre. Mengo quiere huir pronto. Desprende las riendas del gancho; de un salto está sobre la montura y quiere partir al galope, pero ahí está el otro caballo aguardando a su amo, ahí está el tirador, ahí el sombrero, señalando el sitio de su crimen.

Entonces Mengo se acerca a aquella bestia, le palmea las ancas; él pica a la suya y ambas parten al galope en distintas direcciones.